

tales, los ordenados razonamientos de Donald Lam, un alfeñique de 56 kilos, al que limita, pero deifica: "No tiene fuerza para resistir la coza de un mosquito, pero en cambio tiene algo en la cabeza".

Lam suele recibir buenas palizas y mete una podrida izquierda que más le duele a él que al destinatario. Ha sido abogado, pero la Justicia lo ha suspendido alguna vez por alegar razonadamente —y lo prueba en uno de los libros de Gardner— la posibilidad de evitar la sanción de un hecho delictual absolutamente visible. Tiene un tesoro adentro de la cabeza. Cuando habla es como si uno pusiese en marcha a Mozart. Sabe que hay que tocar en las zonas precisas del crimen. Que hay que tener la paciencia de la serpiente. El cerebro, hermano, parece decir siempre.

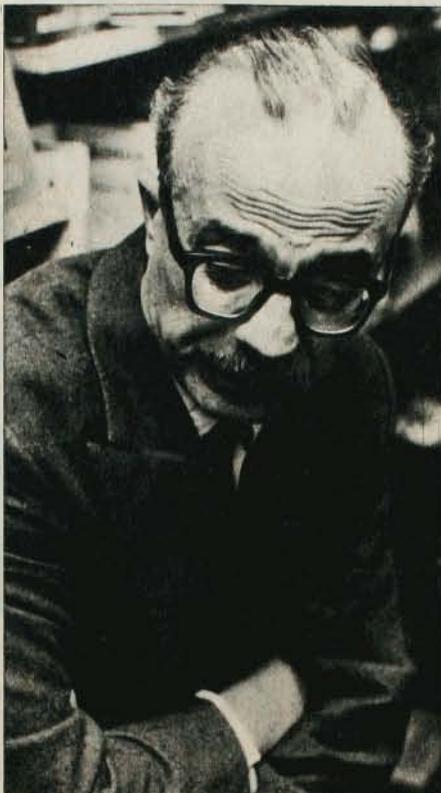
Las novelas del dúo Cool-Donald Lam suelen ser más ágiles que las de Perry Mason, probablemente porque resbala aquella pedantería jurídica que en los textos de Mason es elemento dominante y le suele quitar gracia a la fiesta.

Se dice que Erle Stanley Gardner escribía cuatro o cinco libros por año. Habrá que revisar bien si quedó algo más en las grabadoras californianas, en las gavetas del escritorio, en el fondo de las casas rodantes que solía ocupar. Detalle curioso: una cierta forma de contención, tal vez una vieja raíz puritana, le hacía eludir el ritual erótico en sus libros. Los besos y demases son hasta por ahí no más. Más que nada del tipo mírame y no me toques. Haber, sin ese ingrediente, alegrado las noches de los nerviosos, cerebrales, desocupados, erotómanos, obsesivos y prudentes, es su regla de oro.

ALFONSO CALDERON. ■

que nos muestran los fantasmas que pueblan su imaginación.

Se ha dicho que un gran novelista es siempre un monotemático, que en sus obras sucesivas no hace otra cosa que dar formas diversas a su obsesión única. Tal vez la obsesión que informa de todo el quehacer literario de Sábato es la confrontación entre ensueño y realidad, la sospecha inevitable de que el mundo de las ideas



ESCRITOR SABATO  
Crucificado por sus contradicciones

es más perfecto que el mundo concreto que nos rodea. Para Sábato este desajuste entre fantasía y realidad es el motor de toda creación literaria, ya que si todo estuviera perfecto no habría razón para escribir. El papel del escritor es, pues, impugnar. Y otro: ser testigo "insobornable" de su época.

"¿Para qué crear si esta realidad nos satisface? Dios no escribe novelas; las ficciones nacen de nuestra imperfección", anota Sábato al hablar de los "fantasmas" de Flaubert. El novelista argentino hizo un peregrinaje a los lugares en que se desarrolla la acción de *Mme. Bovary* y llega a insinuar que estos lugares existen y son reales, porque Flaubert les dio existencia. Sábato, a lo largo y ancho de su itinerario, se pelea consigo mismo y pareciera que ésta fuera otra de las condiciones esenciales que él pide al escritor: tesis y antítesis en un ser no más.

Es un idealista platónica atrapado en su vicio racionalizante; pretende que el absoluto se alcance no por el conocimiento racional de todas las experiencias, sino por algún éxtasis repentino e instantáneo. Y cita al personaje dostoiévskiano Kirilov: "Creo en la vida eterna en este mundo. Hay momentos en que el tiempo se detiene de repente para dar lugar a la eternidad". Un aserto que suscribiría el viajante de LSD y la *cultura pop*. Esto es cuando Sábato sueña, y cuando se sueña, parafraseando a Hölderlin, "cualquier hombre es un dios... y no es más que un mendigo cuando piensa". Es curioso que los dioses literarios de Sábato vayan en conflicto devastador con el racionalismo; en efecto, todos ellos (Baudelaire, Dostoiévsky, Artaud, Joyce, Céline, Blake) confieren a las fuerzas irracionales la calidad de instrumento máximo para interpretar la realidad, o como Sábato lo quiere, una "cosmovisión". Con su instrumental científico y racionalista, Sábato desea operar como poeta y es aquí donde se incuban todas sus contradicciones, su debilidad y su poder.

### Obsesiones

Sus opiniones y fobias son aleccionadoras, entre ellas las que tienen mayor recurrencia en su itinerario son: el casticismo ("no se puede pedir a un argentino que hable como un habitante de Toledo"), Robbe-Grillet y la teoría de la objetividad en la novela, que desdeña; el análisis psicológico ("las oscuridades que se encuentran en Melville o en Kafka no se deben a los recursos de iluminación, a escamoteos ni aun a nicosofía: se deben al misterio último de la existencia"); los críticos y los novelistas (Sainte-Beuve negando a Balzac y Stendhal), la convicción de que sólo un gran novelista puede aquilatar a otro gran novelista; el hombre que sueña versus el hombre que piensa.

Para Sábato la teoría de la objetividad es una vuelta al neoclasicismo, reacción contra los excesos de cierta literatura sicologizante, revalorización de las formas y culto religioso de ellas. Pero Sábato cree en la "cosmovisión"; en definitiva, es un escritor crucificado por sus propias contradicciones: "Ahora que empiezo a contemplar mi vida retrospectivamente, observo que no he hecho más que rumiar algunas pocas obsesiones que a veces se manifestaron en tentativas racionales, en ensayos sobre el drama del hombre en esta catástrofe universal de nuestra época y a veces en ambiguas, oscuras y contradictorias fantasías del inconsciente. Con seguridad, si un fragmento de mi

## Sábato

### La razón y el sueño

UNA ANTOLOGÍA de la obra total de Sábato. Autor de la selección: el propio Sábato, que muestra su fisonomía bifronte de ensayista y novelista. Trascendido al plano internacional al promediar la década del 60, Sábato ha escrito sólo dos novelas: *El Túnel* (1948), historia con fuertes tonos kafkianos, y *Sobre Héroes y Tumbas* (1961), la novela que lo llevó a la fama. Entre el largo lapso que separa a una de otra ha ido desenrollando sus obsesiones e ideas fijas en numerosos ensayos. Y son éstos los que permiten asomarse al universo íntimo de su autor, los

obra ha de perdurar, será alguno de estos inexplicables delirios”.

Tiene razón. Allí está el famoso *Informe sobre Ciegos* para probar que entre el Sábado que “sueña” y el que “piensa” es en definitiva éste último el mendigo, el huérfano, el que se queda incapaz de redondear coherentemente el cúmulo de sus provocaciones irracionales.

CLAUDIO GIACONI. ■